

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

## EL CARNAVAL SANTIFICADO.

Parece increíble que después de diez y nueve siglos de cristianismo perseveren en las naciones católicas las vergonzosas y gentílicas costumbres del carnaval! Si no todo lo que en aquellos días se hace es pecado, no cabe duda de que en ellos se ofende muchísimo al amantísimo Jesús, renovando en él no pocos de sus recibidos los malos tratamientos que le hizo el pueblo deicida, y aun hiriendo con especiales injurias su amantísimo Corazón.

Hijos ingratos, desnaturalizados, que se valen del mayor conocimiento que tienen de su bondadosísimo Padre, para injuriarle más, y herirle en lo más vivo! Que le persigan sus encarnizados enemigos; que le ultrajen los que no le conocen: que le abandonen los que no han experimentado de cerca sus bondades, su amor y beneficios, y no saben los males de que nos ha librado, y los bienes que nos tiene ganados y prometidos... pero vosotros, que sois sus hijos, y le ha-

beis escogido y jurado por vuestro Padre y Señor en el bautismo, y os habeis alimentado con su propio cuerpo; vosotros los rescatados con su sangre, purificados y enriquecidos con sus Sacramentos... ah! cesad en vuestra demencia y furor satánico; basta de ultrajes, banta de escarnios al amantísimo Corazón de Jesús!

Gravísima es la obligación que tenemos de conocer y amar á Jesucristo, y de confesarle públicamente á la faz del mundo. Es nuestro Señor y nosotros sus siervos; es nuestro Padre y nosotros sus favorecidos. Somos suyos por herencia y por rescate, nos hemos ofrecido á él al ser regenerados en las aguas del bautismo, le hemos jurado mil veces fidelidad al acudir á su tribunal por perdón y misericordia. Tener vergüenza de aparecer como cristianos, es renunciar á su amor y á ser hijos suyos, renunciar á su recompensa eterna; huir de él es acogerse á su mortal enemigo, y escoger su indignación para siempre.

¡Pues el pecador huye de Dios co-

mo si pudiera esconderse á sus divinos ojos; huye de sus semejantes, y aun quisiera huir de sí mismo, para no sentir los remordimientos de su propia conciencia. No procura, no, ser malo, sino no parecerlo; no evita la maldad sino el que ésta sea conocida; no practica el bien, contentándose con que le tengan por virtuoso. Este huir de Dios, este querer cometer el mal á rienda suelta, si pudiera ser sin remordimiento, ocultándolo á las miradas de Dios y á las censuras de los demás, nunca se manifiesta más que en los días de carnestolendas. Se buscan diversiones bulliciosas, espectáculos que causen una especie de locura y frenesí, de modo que, excitada la imaginación, halagados y como embriagados los sentidos, salga el hombre en cierto modo fuera de sí, y goce de los deleites prohibidos sin remordimiento. Y para desaparecer de la vista de los demás, y que no le echen en cara su cobardía é impiedad, con refinada malicia cubre el rostro que Dios le ha dado, finge no ser el mismo que es, contrahaciendo la voz y mudando el traje. ¿Para qué te ocultas, hombre ingrato y desnaturalizado? ¿Para que no te vea el que todo lo ve? ¿Para que no te vean y sepan quién eres los que te conocen? Día vendrá en que todos lo sepan; ante todos los nacidos aparecerá quién eres, y el eterno Juéz te anzarará de su presencia, y el amantísimo Jesús te cerrará la puerta de su Corazón.

¡Buen modo vas á tener de santificar la cuaresma, en que se conmemora el riguroso ayuno de cuarenta días que por nuestra expiación y en-

señanza pasó el divino Redentor! ¡Buen modo de prepararte para recibir la ceniza que te va á poner la Iglesia en la frente, recordándote que eres polvo y en polvo te has de convertir, que cuanto el mundo adora y estima es vanidad y locura!

Si el Corazón de Jesús tiene hijos ingratos que le injurian y escarnecen, tampoco le faltan hijos fieles, sumisos, amantes, que le tornan amor por amor, procuran desagraviarle de las ofensas que se le hacen. Un día de carnaval, escribe la B. Margarita, «después de la comunión se me presentó mi divino Esposo en el paso dolorosísimo del *Ecce-homo*, cargado con la cruz, y todo cubierto de contusiones y heridas, corriendo su preciosísima sangre de todas ellas; y me dijo con voz triste y dolorosa: ¿No habrá alguno que se apiade de mí, y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor, viendo el lamentable estado en que me ponen los pecados, sobre todo en este día? Exhalando profundos suspiros y bañada en lágrimas, me arrojé á los piés de Jesucristo, y me ofrecí completamente á él. En seguida me hallé cargada con una pesada cruz, toda erizada de clavos puntiaguados. Desfalleciendo bajo su peso, comencé á entender mejor que ántes la malicia del pecado, el cual de tal modo detestaba yo con todo mi corazón, que prefiera precipitarme mil veces en el infierno á cometer el más mínimo. El Señor me hizo ver que no era bastante en aquellos días el que yo llevase aquella cruz, sino que debía unirme íntimamente con él, y hacerle fielmente compañía para participar de sus dolores, desprecios, oprobios y ultra-

jes. Yo entónces me ofrecí á todo cuanto él quisiera hacer de mí y en mí, sin reserva alguna. El Señor aceptó el sacrificio, y me envió una violenta y aguda enfermedad, que me hizo experimentar los dolores de la erizada cruz.

A ejemplo de la favorecida sierva de Dios, los devotos del Sagrado Corazon de Jesus procuran santificar estos dias, afligiendo sus almas con la detenida consideracion de las injurias que se hacen á su amor Jesus, y pidiéndole perdon para los infelices pecadores. Mientras la impiedad cobarde y desnaturalizada fomenta los desórdenes del carnaval, y los malos cristianos frecuentan las reuniones de los enemigos de Dios, renovando las costumbres paganas, ellos en cambio se agrupan en torno de Jesus, y le hacen compañía en las iglesias, tributándole especiales obsequios, y desagraviándole con fervorosos actos de amor y reparacion.

Divídese estos dias el mundo en dos campos: al uno van los impíos, los enemigos de Dios, y á ellos se juntan los cristianos tibios y no pocos incautos y mal aconsejados: el otro campo es de los hijos predilectos del Corazon sacratísimo, de los cristianos fervorosos. Aquellos van á ofender á Dios ó se exponen á grave riesgo de ofenderle; éstos acuden á manifestarle su amor, haciendo piadoso alarde de su cariñoso agradecimiento, y protestando contra la deslealtad y cobardía de los que huyen del Redentor del nuestras almas.

Muchas son las iglesias en que para desagraviar al Sagrado Corazon en estos dias de furor inexplicable, se hacen funciones extraordinarias,

esmerándose los buenos hijos en los obsequios que su industrioso amor les sugiere para aplacar la divina justicia, y atraer al mundo prevaricador los dones y gracias de la infinita bondad y clemencia.

Acuden presurosos á la fuente de la vida, robusteciendo su alma con la sagrada comunión, acercándose á recibir en su amante pecho al Dios de amor hecho hombre para divinizar al hombre. Acuden con puntualidad y asisten con religiosa compostura y devoto afecto al santo sacrificio, en que se ofrece á Dios ofendido la víctima inmaculada de infinito valor, para aplacar la justicia irritada contra la impiedad que, en son de triunfo, se pasea por el mundo erguida la cabeza.

El Dios de la majestad, aunque velado bajo las especies sacramentales para que no nos deslumbren sus divinos resplandores y nos retraiga su grandeza, está expuesto en su trono de amor, y los fieles hijos le van á visitar frecuentemente entre dia, con piadoso afán y fervoroso afecto, y recogidos, modestos, permanecen al pié de los altares, desagraviando al amor ofendido y ultrajado, ofreciendo obsequios al bondadosísimo Corazon de Jesus, y pidiéndole los dones que él mismo desea que le pidan.

Donde las circunstancias lo permiten, es llevado en procesion Su Divina Majestad, haciendo pausa en cinco altares bien adornados, y en ellos se hacen las cinco visitas á Jesus Sacramentado, en testimonio de amor y desagravio á su Sagrado Corazon; y si esto no puede ser con tanta solemnidad, se las hacen en particular los fieles, repartiéndolas

entre todo el día. Termina éste con un fervoroso acto de consagración y de desagravios, y se despiden del templo los amantes hijos después de haber recibido la bendición de su amantísimo Padre.

De los muchos y tiernos actos de consagración y desagravios que la piedad ha compuesto para obsequiar el amantísimo Corazón, tan mal correspondido de los hombres, vamos á publicar á continuación uno, del que nos consta que ha gustado á muchas personas que lo han hecho en público ó en particular, por si nuestros lectores quieren servirse de él en los días de Carnaval.

ACTO DE CONSAGRACIÓN Y DE DESAGRAVIO  
AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

¡Oh Corazón de Jesús! Yo quiero consagrarme á tí con todo el fervor que mi espíritu. Sobre el ara del altar en que te inmas por mi amor, depósito todo mi ser: mi cuerpo, que respetaré como templo en que tú habitas; mi alma, que cultivaré como jardín en que te recreas; mis sentidos, que guardaré como puertas de tentación; mis potencias, que abriré á las inspiraciones de tu gracia; mis pensamientos, que apartaré de las ilusiones del mundo; mis deseos, que pondré en la felicidad del Paraíso; mis virtudes, que florecerán al abrigo de tu protección; mis pasiones, que se someterán al freno de tus mandamientos; y hasta mis pecados, que detestaré, mientras haya odio en mi pecho, y que lloraré sin cesar, mientras haya en mis ojos lágrimas. Mi corazón quiere desde hoy ser para siempre todo tuyo, así como tú, ¡oh Corazón divino! has querido ser siem-

pre todo mío. Tuyo todo, tuyo siempre: no más culpas, no más tibieza. Yo te serviré por los que te ofenden; pensaré en tí por los que te olvidan; te amaré por los que te odian, y rogaré, y gemiré, y me sacrificaré por los que te blasfeman sin conocerte. Tú, que penetras los corazones y sabes la sinceridad de mi deseo, comunícame aquella gracia, que hace al débil omnipotente; dame el triunfo de valor en las batallas de la tierra, y cénfeme la oliva de la paz en las mansiones de la gloria. Amen.

ORACION AL SAGRADO CORAZÓN  
DE JESÚS.

¡Oh Corazón de Jesús, víctima de propiciación por los pecados de todo el mundo! En tu adorable presencia tienes un alma miserable, que viene á buscar en tí medicina para sus llagas y apoyo para su flaqueza. Lava mis culpas con esa sangre que gotea de tu dulce herida; inflama mi pecho con ese fuego que arde en tí sin apagarse nunca; alumbrá mis ojos con esa luz que de tí se desprende en viva llama; fortaléceme con ese valor que te hizo despreciar la muerte; y después... ¡oh Corazón divino! después cénfeme mis sienes con esas espigas de que te veo coronado; coloca en mis hombros esa cruz que está plantada sobre tí, y dime al oído aquellas palabras que el mundo no quiere escucharte: *El que quiera venir en pos de mí, niégese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Los Sumos Pontífices, deseando fomentar la piedad de los fieles y los cultos que se tributan al Señor en carnestolendas, han concedido indulgencia plenaria á los que, confesados

y comulgados, visiten el Santísimo Sacramento en alguna iglesia donde se halle expuesto estos días, y rueguen por la intención de su Santidad.

Por lo mismo que durante las noches de carnaval continúan los escándalos del día, y aun suelen ser mayores las ofensas que se hacen al bondadosísimo Redentor, por eso mismo los devotos del Corazón de Jesús procuran que no le falten entonces adoradores é hijos obsequiosos, que le hagan compañía, ejercitándose en obras buenas, y reparando los muchos pecados con que en aquellas horas se ofende á Su Divina Majestad.

Para conseguirlo mejor se agrupan en coros, y se reparten las diversas horas de la noche, de suerte que cada una de las personas de cada coro emplee media hora en ejercicios de devoción, sin salir de su casa, visitando en espíritu á Jesús Sacramentado.

Los enfermos, ó impedidos por graves ocupaciones, pueden hacer la media hora de ejercicio por medio de otro, buscando quien lo haga por medio de alguna limosna.

## LOS CIEGOS ESPIRITUALES.

Ciegos estaban los Apóstoles cuando no entendían las palabras de su Maestro acerca del suspirado misterio de la Cruz. Mirad, les decía, vamos á Jerusalén y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles y le escarnerán, azotarán y escupirán.

Y después que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero día. Las palabras de Jesucristo son bien claras y precisas. El suceso de su pasión y muerte está bosquejado con la mayor claridad y sencillez. Sin embargo, los Apóstoles no lo entienden. Esta palabra les era escondida, dice el evangelista, y como asombrado vuelve á decir: «Y no entendían lo que les decía.»

Hé aquí una ceguera bien lastimosa y demasiado común por desgracia en los tristes tiempos que alcanzamos.

Jesucristo vive en la Iglesia, habla por su boca, enseña al mundo, adoctrina á los pueblos, predica á los hombres por el magisterio de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad; desempeña su divino encargo con celo de amor la madre y maestra de las naciones, y como ninguna cosa desea con tanta vehemencia ni busca con tanto ardor como la salud eterna de sus hijos, no perdona medio, ni omite fatigas, ni deja ocasión oportuna para instruirnos en las máximas del Evangelio, para reformar nuestras costumbres, para guiarnos por los caminos de la vida y apartarnos de los floridos senderos del vicio que conducen á la muerte. En estos días de locura y embriaguez, días verdaderamente infames en expresión de Bosuet, días que debían ser borrados del registro de los tiempos, es cuando la Iglesia redobla su celo en favor de sus hijos extraviados y levanta su voz para recordarles sus deberes y poner ante su vista el horrible cuadro de las disoluciones y locuras á que se entrega un mundo insensato, olvidado de Dios,

de su dignidad y de su eterna salvación. Pero los hombres no meditan ni piensan de corazón; no entienden ni quieren entender las palabras de la Iglesia. *Et ipsi nihil horum intellexerunt.*

Háblales de la hermosa vida de la virtud y de la fealdad del vicio, del bien y del mal, de los verdaderos goces y de las falsas alegrías, de la grandeza del justo y de la vileza del pecador, de la gloria que Dios reserva al bien obrar y de los castigos que amenazan á los prevaricadores, y ellos no entienden estas doctrinas salvadoras. Esta palabra es para ellos á manera de un enigma impenetrable. Ofrece á su vista la tragedia del Calvario, el madero de la Cruz, la humanidad sacratísima del Salvador, el cuadro de sus tormentos, de sus dolores y de sus congojas, y todo con el amoroso intento de ganar sus corazones para Jesús y hacerlos caer en esa celada de amor que los tendió el Hijo de Dios blanda y amorosamente, más ellos no entienden este lenguaje. *Et non intelligebant quod dicebantur.* ¡Qué ceguera tan lastimosa! ¿Dónde habrá luz que disipe esas profundas tinieblas? ¿Quién abrirá los ojos de esas almas sumidas en la oscuridad y envueltas en sombras de muerte? ¿Dónde habrá medicina bastante eficaz para curar á tantos ciegos espirituales. Hay que buscarla en el Evangelio? No hay otra medicina que la gracia de Jesucristo; no hay otro remedio para curar ese vértigo fatal, esa funesta ceguera sino la fe, el ejercicio de una fe viva en Jesucristo, médico sapientísimo y amorosísimo, venido del cielo á sanar las dolencias de la tierra, como vamos á probar siguiendo

do la sencilla exposición del texto evangélico, correspondiente á la presente Dominica de Quincuagésima.

Que los discípulos del Salvador no comprendiesen el misterio profundísimo de la Cruz, aun explicado con tan admirable claridad y precisión; que los tristes sucesos anunciados por la palabra del Maestro se ofreciesen á la imaginación de los discípulos como arcanos incomprensibles; ó como presentimientos irrealizables, no deja de causar extrañeza; grande es en efecto, incomprensible y misteriosa, la ceguera de sus almas, pero no fuera justo tener por insensible y condenar sin compasión la conducta de los Apóstoles toda vez que no habían recibido la luz de lo alto, y por otra parte su corazón amante se negaba á creer en las humillaciones y tormentos vaticinados por Jesucristo. Lo que sorprende y aflige con dolorosa sorpresa y amarga aflicción; lo que es mala, y gravísima culpa, y desventura lastimosa, es la voluntaria ceguera de muchos cristianos, tanto más culpable cuanto más voluntaria, tanto más voluntaria cuanto son más vivos los resplandores de la verdad y más eficaces las gracias y más abundantes los medios concedidos por Dios á sus almas para conocerle á él, y á su enviado, Jesucristo; conocimiento indispensable para alcanzar la vida eterna. El evangelista refiere un suceso que tuvo lugar en el camino de Jericó y que parece traído de propósito para el presente materia.

Nos cuenta la milagrosa curación de un ciego. Y aconteció, nos dice, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino, pi-

diendo limosna. Este ciego es la imagen más viva y elocuente de tantos ciegos del alma como hay entre nosotros, ciegos que están como de asiento en los caminos del pecado y en las sombras de la muerte. ¿Y qué medio mejor que la curación de la ceguera corporal para darnos á conocer como y por quién se cura la espiritual que tantos hombres padecen.

Y no se diga que no hay semejanza entre ese ciego y los ciegos espirituales ó que la ceguera corporal no representa la espiritual. ¿Qué es el pecador sino un ciego en el órden espiritual, en el mundo de las almas?

Andan los pecadores como ciegos porque pecaron contra el Señor, dice el profeta Sofonías (1) ¿Qué otra cosa es la costumbre de pecar y la obstinación en la culpa sino una deplorable y completa ceguera?

El pecado es error y corrupción, pervierte la inteligencia y corrompe la voluntad. El pecador todo lo ve al revés, ó mejor ningun objeto percibe como es en sí, en su verdadera realidad. No puede ver á causa del túpido velo que cubre su alma. *Comprehenderunt me iniquitates meae et non potui et viderem*, llama bien al mal, luz á las tinieblas, justicia á la iniquidad; toma los falsos bienes por el bien verdadero, busca en las criaturas la dicha y el consuelo que solo se encuentra en Dios. Anda en tinieblas y no puede ver los rayos del sol que iluminan toda tierra. Y lo peor que las tinieblas se aumentan á medida que el pecador aumenta sus pecados y se obstina en el mal. Cuanto más peca, más se aparta de Dios, más indigno se hace de la luz de la gracia, sinriqual no puede ver, porque está esc la

to: (1) al que tiene, se le dará más, y al que no tiene, aún lo que tiene, le será quitado en castigo de sus rebeldías é ingratitudes.

Entonces llega el pecador á lo profundo y desprecia la luz; su alma se ve sumida en más horrible y espantosa oscuridad, padece una completa y verdadera ceguera. Es un ciego sentado junto al camino. Está como petrificado su infeliz corazón y no lo conoce; no conoce en efecto su horrible desventura. Y como éste hijo pródigo ha disipado los dones de Dios, se ve en el duro trance de mendigar, y pide al vicio, á la maldad, á las pasiones, al mundo y al al demonio la degradante limosna de sus mentidos placeres y de sus vanas satisfacciones.

El ciego de Jericó es la más viva representación de tantos ciegos espirituales, que se encuentran sentados en los caminos del mundo, desnudos de virtud, privados de la gracia, sumidos en la indigencia, y mendigando el vergonzoso sustento del vicio y de la inmundicia moral.

Pero el Evangelio, al describir la horrible situación del pecador obstinado en la culpa y envejecido en el vicio, al darnos conocimiento de la ceguera espiritual por medio de la historia interesante y significativa del ciego de Jericó, señala con admirable claridad la única medicina capaz de curar la ceguera del alma mil veces más lastimosa que la del cuerpo.

Quando el ciego oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le digieron que pasaba Jesús Nazareno, y dijo á voces: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñían para que callase. Más él gritaba mu-

(1) Cap. 1.

(1) Luc. 19.

cho más: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Jesús se paró. Los gritos de la fé, los clamores de la oracion, los deseos de salud y de verdadera conversion, atraen las miradas de Dios y conmueven su corazon paternal. No está consumada la malicia del pecador ni están cerrados los caminos de la salvacion, mientras vive en este destierro. Como se vuelva á Jesucristo y tenga fé en su misericordia y demande su piedad con fervorosa plegaria á imitacion del ciego de Jericó, es seguro que encontrará la salud de sus dolencias.

El Salvador se paró y dió orden para que llevasen al ciego á su presencia. ¿Qué quieres que te haga? dijo Jesus: Señor, que vea, respondió el ciego. Como si dijera: Tú eres la verdad, el camino y la vida. Tu eres mi luz, mi resplandor y mi esperanza. Lo que quiero, lo que delante de todos te pido, lo que espero de tí, es la luz de mis ojos para verte á ti, que eres el sol de los cielos, para conocerte á tí, que eres el más hermoso entre los hijos de los hombres, para amarte á tí que eres mi consuelo, mi esperanza y mi vida. Pues ve, dijo el Salvador, tu fé te ha hecho salvo. Y al punto vió, y le seguia dando gritos de alabanza y de glorificacion.

Si los pecadores imitasen la conducta de este atortunado ciego; si acudiesen á Jesucristo, pidiendo con fervorosa plegaria la curacion de sus dolencias, experimentarían como el ciego de Jericó la salvadora influencia de la gracia divina; viricia en el fondo de su alma la voz amorosa de Jesus, voz de perdon, voz de misericordias, voz creadora de maravillas en el mundo de las almas como es obradora de prodigios en el mundo de los cuerpos.

Que los ciegos de espiritu deseen verdaderamente su curacion, que griten con fé viva, y clamorosa: Jesús, hijo de David, apiádate de nosotros: que pidan al Señor desde el abismo de su miseria la luz de sus ojos y la gracia de la conversion, y oirán la palabra poderosa y dulcísimo de Jesús, aquella palabra que daba vista á los ciegos, andar á los tullidos, salud á los enfermos y vida á los muertos. *Respice*, les dirá, ved, contemplad el prodigio que se ha obrado en vosotros; estais sanos, sois hombres nuevos: erais ciegos y ya veis la luz, erais esclavos y ya sois libres, erais mendigos y ya sois ricos, erais hijos de ira y ya sois vasos de misericordia, estabais destinados al infierno y habeis reconquistado vuestro derecho á la herencia del cielo. La fé os ha hecho salvos. ¡Oh fé sublime y consoladora!

Pidamos el don de la fé, si queremos ver curadas nuestras enfermedades y remediadas nuestras miserias. El que crea con fé viva, será salvado, el que no crea, ya está juzgado, porque no cree en el Hijo de Dios, médico divino de las almas y de los cuerpos, salvador único de los que se salvan, y juez eterno de los que se condenan. Conservemos límpia y pura la llama de la fé, cultivémos con la oracion, con las mortificaciones, con obras de piedad y de misericordia esa divina planta, y cuando venga la noche triste y peligros de la muerte, ella nos quita á través de todas las oscuridades y peligros hasta los pies del Juez de vivos y muertos y tendremos la dicha de oír esta sentencia de inefable consuelo y de gloria perdurable: La fé os ha hecho bienaventurados por toda la eternidad.